

FUMABAMOS GAULOISE

Te he vuelto a ver con el mapa fotocopiado del destino,
buscando a tientas los nombres ilustres y los gatos mansos
sobre la tumba de C. Rodrigues-Ely.

Te he vuelto a ver inventando a Nuria, la mujer ficticia
que amaba los fantasmas, vestida de riguroso negro
y enfebrecida por el amor mundano.

Mujer extraña como un cuadro de Koskoshá enfermo de Al-
/ma,
tan efímera como este río turbio, tan oscura quizá, o tan te-
/rrible.

Allí estaba yo, como un Ubú sin palotines defensores,
tan cobarde que no podía mover un hilo entre tus muertos
/confortables.

No hemos leído suficiente Vallejo, ni tenemos el mínimo pudor
para morirnos contemplando la tumba de Abelardo, el varón
/castrado,

y de la bella y laberíntica Eloisa. César nos perdone el desliz
de amarnos casi vestidos en esta lugar santo, rodeados de
/historia

venerable y tapias musgosas y húmedas.

Más allá de este silencio y del incógnito lugar donde reposan
nuestros abnegados jadeos está la paz del río y el discurso,
y la miseria envuelta, como nosotros, en una mezcla de be-
/tún de judea.

DESAYUNO EN LA HIERBA

El destino es ser dulcemente sorprendido
en el césped.

Ser descubierta con la amabilidad
de una doncella y sentir el olor penetrante
de los cuerpos húmedos sobre la hierba.
Ese roce de enigmas y filos
que convierten las pieles en hilos de sangre pálida.

Un desliz de dedos e improvisados pájaros.
El destino es eso; premeditar hasta el detalle
el encuentro,
dar a la improvisación el valor de la siembra.
Doblar la rodilla
como si los sepulcros fuesen ahora exteriores
y el rito de besar la boca
cálida de los comensales
fuese la manera elegante de terminar un discurso.